

El aumento espectacular en la publicación de títulos y en el volumen de las reimpresiones no son los únicos aspectos relevantes de la actividad editorial española de los años 40. Impulsada por la demanda local de las novelas de éxito, esta década es testigo también del despertar de la actividad literaria en la imprenta provincial española. A este respecto, Fernández Montesinos comenta que:

en ciudades muertas hacía siglos, donde nadie sospecharía que pudieran editarse libros, se imprimen novelas, y no siempre son las que allí se imprimen las peor escogidas... [E]l catálogo de la novela romántica nos hace ver que la provincia española despliega entonces un espíritu emprendedor –sobre todo por los años de 1830 a 1850– que ha perdido después. (*Introducción* 117).

Efectivamente, mientras que con anterioridad a 1840 apenas constatamos la publicación de novelas en ciudades como Valencia o Cádiz (responsables del 14% del total), a partir de este año la edición de novelas se extiende a numerosas capitales de provincia. De las 421 ediciones de novela francesa aparecidas en España entre 1840 y 1850, las imprentas madrileñas publican un poco más de la mitad (214) y Barcelona algo más de un cuarto (108). Por su parte, Málaga, Cádiz, Sevilla, Valencia, Logroño y Granada se reparten prácticamente el otro cuarto, para un total de 96 ediciones. Victoria, Teruel y Ronda, con una edición cada una, completan la lista de capitales de provincias que se suman a la publicación de novelas francesas en esos años (véase apéndice, gráfica 3)¹³.

En contraste con la intensa actividad y con el deseo de novedad que caracterizan la publicación en España de novelas francesas, las ediciones en español que salen del país vecino en los años 40 no sólo alcanzan un volumen insignificante (22 ediciones y 15 títulos), sino que, al mismo tiempo, revelan unas tendencias editoriales profundamente conservadoras. Así, frente a las 5 ediciones de novelas de autores de moda que salen de las prensas francesas (una impresión respectivamente de *Los Misterios de París*, *El judío errante*, *Martín el expósito*, *Los Misterios de Londres* y *Memorias de un médico*), el grueso de la producción (17 ediciones que representan el 72,3% del total) permanece fiel a los títulos tradicionales de Florian, Bernardin de Saint-Pierre, Fénelon, Voltaire, Mme. de Cottin y Pigault-Lebrun.

La conducta de la imprenta francesa es, sin embargo, sólo aparentemente paradójica. Por un lado, la intensa actividad española saturó un mercado que, a pesar de su espectacular crecimiento, era todavía reducido y de un poder adquisitivo limitado. Por otro, la actividad editorial

¹³ Málaga es responsable de 24 ediciones, Cádiz de 35, Sevilla de 16, Valencia de 15, Logroño de 4, Granada de 2. Los autores más publicados son Dumas, Sue, Feval, Balzac, Kock y Soulié.

internacional se hallaba todavía en la época poco extendida. Numerosos obstáculos se oponían a su desarrollo. A las dificultades de transporte y a los complejos y lentos sistemas bancarios transnacionales, se sumaban además los problemas de publicidad y distribución en mercados lejanos al centro de producción editorial¹⁴. Como afirma Frédéric Barbier (en su artículo «Les marchés étrangers de la librairie française»), la geografía del libro en la primera parte del siglo XIX se basa todavía en las estructuras tradicionales de un mercado disperso: «Pas d'unification juridique, et un espace, l'espace pre-industriel, qui s'oppose à la pénétration commerciale» (271). El comportamiento editorial de los impresores parisinos responde, por lo tanto, a las limitaciones estructurales propias del mercado del libro en esos años¹⁵. Al mismo tiempo, los obstáculos y los riesgos que desaniman la exportación de libros y que determinan su carácter fundamentalmente regional dan razón del incremento notable de la publicación provincial de novela que observamos en la década de los años 40.

En definitiva, a partir de 1840 España se incorpora a los nuevos procesos de comercialización del libro y, en particular, de la novela. Aunque la infraestructura del sector impresor permanece básicamente artesanal, observamos la multiplicación extraordinaria de la oferta novelística y, sobre todo, la descentralización geográfica de los centros de producción editorial. El éxito comercial de los numerosos *best-sellers* de la época entre el público español señala también la expansión social y geográfica sin precedentes del grupo lector de novelas en la España de mediados del siglo XIX. Finalmente, el dominio indiscutible de los autores franceses en la oferta editorial de esos años sitúa a la novela del país vecino en el centro de la experiencia literaria española de la época.

Elisa Martí-López

¹⁴ Para las dificultades de distribución de libros dentro y fuera de España, véase Carriello y Hortelano.

¹⁵ Aline Vauchelle-Haquet constata al respecto la autoría española de la mayoría de los libros publicados en español en Francia y, al mismo tiempo, señala a los emigrados en ese país como sus principales destinatarios (69). Las traducciones serían, por lo tanto, una producción limitada fundamentalmente a la edición de novelas prohibidas y vinculada a las expectativas del mercado hispanoamericano (7). En este sentido, es significativo señalar que dos de las imprentas francesas que publican novelas en español durante los años 40 lo hacen bajo los nombres comerciales de «El Correo de Ultramar» y «Librería Americana».



Federico de Madrazo: El Duque de Rivas